



LA RÁBIDA

REVISTA COLOMBINA IBERO-AMERICANA

Redacción y Administración: SAGASTA, 51

AÑO V Huelva 30 de Junio de 1915 Núm. 48

DIRECTOR PROPIETARIO: JOSÉ MARCHEÑA COLOMBO

NUESTRO PROPÓSITO

Esta revista no tiene más que una finalidad.

En el movimiento hispano-americano que, para bien de la raza, constituye hoy la aspiración de to-

Palos, a Moguer, a Huelva, todo lo que para las almas elevadas representa heroísmo, abnegación, grandezas patria, grande o chica, separada de impurezas de la realidad, a fin de que en las leyes éticas de los pueblos, formadas por sus grandes triun-



HUELVA.—Grupo escolar de la calle San José

dos los espíritus, los lugares que fueron génesis del Descubrimiento deben ocupar un puesto de honor, si las tradiciones y las glorias de España no han de quedar reducidas a un sueño sin realidad alguna.

La provincia de Huelva tiene el deber de hacer un culto de esas tradiciones, y unos cuantos hombres de buena voluntad, dispuestos a cumplir ese deber en cuanto sus fuerzas puedan dar de sí, quieren en ese movimiento hacia el ideal americanista, darle al Convento de Santa María de la Rábida, a

fos y sus grandes caídas, no puedan nunca quedar olvidadas las que inmortalizaron a la raza.

Ese es nuestro pensamiento. Y para ello, convencidos de que las bengalas se apagan y de que el sol se come los vivos colores de las percalinas, hemos creído que nada sería más permanente, más duradero, que una Revista, en la que poniendo toda nuestra voluntad, fuera difundiendo los amores que sentimos por este pedazo de patria española, llegando hoy a España, mañana a América, siendo un broche más, aunque sin grandes filigranas, por-

que solo tenemos buenos deseos, de los que cierran el abrazo de fraternidad que debe enlazar a la hermana mayor España con sus hermanas menores Repúblicas de América.

Para alcanzar este nuestro fin único, necesitamos el auxilio de todos.

Huelva es una ciudad activa, comercial y trabajadora; su provincia es rica de suelo y subsuelo; sus industrias de mar van adquiriendo grandísimo desarrollo, y creemos que si todos hacen un poco, podremos realizar nuestra empresa y tener en la Rábida la voz que lleve al Nuevo Continente, en el intercambio que seguramente ha de encontrar con todo lo americanista, el espíritu y las energías, traducidos en mentalidad y en productos de nuestra provincia.

Si conseguimos esto, lo demás vendrá por añadidura.

Y entonces, cooperando a la acción patriótica de la benemérita Sociedad Colombina, conseguiremos que los americanos conozcan la Jerusalén de su patria; y hecha la idea, será para ellos una de esas necesidades del sentimiento, más fuertes a medida que avanza la vida, el visitar el Convento de Santa María de la Rábida y llegar en peregrinación a los lugares todos que conservan la huella de los Descubridores.

* * *

Esto escribíamos cuando apareció nuestra revista, y si lo reproducimos hoy es por considerarlo de actualidad palpitante.

Ojeando la colección de LA RÁBIDA podemos decir que la aspiración de los que fuimos sus fundadores está realizada con exceso. España, América, La Sociedad Colombina, Huelva, han respondido y en el intercambio de ideas y de sentimientos entre el espíritu americano y esta tierra que fué su génesis tenemos la satisfacción de haber puesto nuestro grano de arena.

En las inquietudes del alma nacional en estos días de prueba, en que los altares levantados a las ideas se derrumban a cañonazos y se horada la tierra para sembrar semilla de muerte y la sangre humana corre como corren las aguas, se va concretando en nuestra patria una afirmación positiva: el movimiento ibero-americano que unirá a la tierra sagrada de la libertad con esta España de la igualdad y la democracia.

Y en esa unión que acabará con los imperios y con la deificación de la fuerza, Huelva, nuestra tierra, tiene una misión principalísima con los lugares colombinos, con sus tradiciones, con sus leyendas, con su Alonso Sanchez, Fray Juan Perez, Marchena, los Pinzones .. y la Sociedad Colombina que desde el año 80 del pasado siglo ha ido un día y

otro creando entre los espíritus enamorados del ideal, lazos de afectos que ya son de simpatías y las que mañana serán de relaciones diplomáticas, de tratados comerciales, de cambios de productos, haciendo que los americanos encuentren entre nosotros su propia tierra y encontrándola nosotros en la tierra americana.

De ahí la importancia de la conmemoración de las fiestas patrióticas colombinas, deber sagrado de las corporaciones y de los hijos de Huelva, que han visto como de la llegada en el año anterior del crucero cubano Patria ha nacido en la Habana la Colombina Cubana y de ahí también la necesidad de sostener LA RÁBIDA y hasta mejorarla—es nuestra mayor aspiración—para que sea portavoz onubense en todos los pueblos que son de nuestra raza.

Querer es poder. Vamos a dezarlo los hijos de la provincia de Huelva y habremos hecho patria.



ESTUDIO CRÍTICO ACERCA DEL DRAMA

“LA MALQUERIDA”

Conferencia leída en la «Unión Ibero-Americana» el día 15 de Enero de 1914, por José Rogerio Sánchez (Alonso López), acerca del drama de don Jacinto Benavente.

(Continuación)

Oid la escena tal cual se ha compuesto.

ESTEBAN. ¡Tié razón, tié razón! ¡No es ella la que tié que salir de esta casa! Pero yo no quiero que sea ella quien me entregue a la justicia. Me entregaré yo mismo. ¡Descuida! ¡Y antes de que puean entrar aquí, les saldré yo al encuentro! ¡Déjame, tú, Raimunda! Te queda tu hija. Ya sé que tú me hubieras perdonao. ¡Ella, nó! ¡Ella me ha aborreció siempre!

RAIMUNDA. No, Esteban; Esteban de mi alma.

ESTEBAN. Déjame, déjame, o llamo al padre de Norberto y se lo confieso too aquí mismo.

RAIMUNDA. Hija, ya lo ves. Y ha sío por tí. ¡Esteban, Esteban!

ACACIA. ¡No le deje usted salir, madre!

RAIMUNDA. ¡Ah!

ESTEBAN. ¿Quiés ser tú quien me delate? ¿Por qué me has odiao tanto? ¡Si yo te hubiea oido tan siquiera una vez llamarme padre! ¡Si tú pudieas saber como te he querío yo siempre!

ACACIA. ¡Madre, madre!

ESTEBAN. ¡Malquerida habrás sío sin yo quererlo! Pero antes, ¡cómo te había yo querío!

RAIMUNDA. ¿No le llamarás nunca padre, hija?

ESTEBAN. No me perdonará nunca.

RAIMUNDA. Sí, hija, abrázale. Que te oiga llamarle padre. ¡Y hasta los muertos han de perdonarnos y han de alegrarse con nosotros!

ESTEBAN. ¡Hija!

ACACIA. ¡Esteban! ¡Dios mío! ¡Esteban!

ESTEBAN. ¡Ah!

RAIMUNDA. ¿Aún no le dices padre? Qué. ¿ha perdido el sentido? ¡Ah! ¿boca con boca y tú abrazao con ella? ¡Quita, aparta, que ahora veo por qué no querías llamarle padre! ¡Que ahora veo que has sido tú quien ha tenido la culpa de toó, maldecía!

ACACIA. Sí, sí. ¡Mátame usted! Es verdad, es la verdad. ¡Ha sido el único hombre a quien he querido!

ESTEBAN. ¡Ah!

RAIMUNDA. ¿Qué dice, qué dice? ¡Te mato! ¡Maldecía!

ESTEBAN. ¡No te acerques!

ACACIA. ¡Defiéndame usted!

ESTEBAN. ¡No te acerques, te digo!

RAIMUNDA. ¡Ah! ¡Así! ¡Ya estáis descubiertos! ¡Más vale así! ¡Ya no podrá pesar sobre mí una muerte! ¡Que vengan toos! ¡Aquí, acudir toa la gente! ¡Prender al asesino! ¡Y a esa mala mujer, que no es hija mía!

ACACIA. ¡Huya usted, huya usted!

ESTEBAN. ¡Contigo! ¡Junto a tí siempre! ¡Hasta el infierno! ¡Si he de condenarme por haberte querido! ¡Vamos los dos! ¡Que nos den caza si puen entre esos riscos! ¡Pa quererte y pa guardarte, seré como las fieras, que no conocen padres ni hermanos!

RAIMUNDA. ¡Aquí, aquí! ¡Ahí está el asesino! ¡Prenderle! ¡El asesino!

(Han llegado por diferentes puertas el Rubio, Bernabé y la Juliana y gente del pueblo).

ESTEBAN. ¡Abrir paso, que no miraré ná!

RAIMUNDA. ¡No saldrás! ¡Al asesino!

ESTEBAN. ¡Abrir paso, digo!

RAIMUNDA. ¡Cuando me haigas matao!

ESTEBAN. ¡Pues así! (*Dispara la escopeta y hiere a Raimunda*).

RAIMUNDA. ¡Ah!

JULIANA. ¡Jesús! ¡Raimunda! ¡Hija!

RUBIO. ¿Qué ha hecho usted, qué ha hecho usted?

UNO. ¡Matarle!

ESTEBAN. ¡Matarme, si quereis; no me defiendo!

BERNABÉ. ¡No, entregarle vivo a la justicial

JULIANA. ¡Ese hombre ha sido; ese mal hombre! ¡Raimunda! ¡La ha matao! ¡Raimunda! ¿No me oyes?

RAIMUNDA. ¡Sí, Juliana, sí! ¡No quisiea morir sin confesión! ¡Y me muero! ¡Mía cuánta sangre! ¡Pero no importa! ¡Ha sido por mí hija! ¡Mi hija!

JULIANA. ¡Acacia! ¿Ande está?

ACACIA. ¡Madre, madre!

RAIMUNDA. ¡Ah! ¡Menos mal, que creí que aún fuea por él por quien llorases!

ACACIA. ¡No, madre, no! ¡Usted es mi madre!

JULIANA. ¡Se muere, se muere! ¡Raimunda, hija!

ACACIA. ¡Madre, madre mía!

RAIMUNDA. ¡Ese hombre ya no podrá nada contra tí! ¡Estás salva! ¡Con mi sangre inocente te salvo! ¡Bendita esta sangre que salva, como la sangre de Nuestro Señor!

Y terminó la tragedia.

Y terminó cual debía terminar: doliente, asoladora...

No os asombréis.

Yo no quiero pensar ahora—no acostumbro a cuidarme de esto nunca, me basta con no ofender—no quiero pensar ahora en Jacinto Benavente ni en otra cosa que en un juicio mío, personalísimo, que me preocupo nada de que pueda estar conforme o no con lo que intentase el poeta. Me basta que esté conforme con la realidad, y la realidad es, a mi sentir, la siguiente:

Pudo el dramaturgo dar una solución de grande efecto, sin ser efectista, haciendo que al darse Acacia y Esteban ese beso fementido, revelador para aquel hombre de una pasión hacia él, que no había tenido la osadía de imaginarse, Raimunda cayese al suelo muerta, si no de cuerpo, sí muerta y sepultada el alma, Acacia y Esteban pudieron escapar en aquel instante a esconder en las breñas de los montes intrincados su amor de fieras. Así tal vez se hubiera concebido poco más, o detalle menos, una tragedia helénica; así, tal vez, un día pueda concebirse por un futurista la grandeza trágica.

Hoy, tal proceder hubiera sido un bárbaro atropello. Ese atropello no niego que un día pueda ser corriente procedimiento artístico; pero corresponderá, sin duda, a una civilización bárbara.

En la actualidad, y por muchas generaciones todavía—¡Dios quiera que por siempre jamás!—la huella del espiritualismo fecundo puede tolerar la muerte de los cuerpos, pero no que las almas se aniquilen. Tal solución, pues, era insoportable, absurda, inmoral.

Herida Raimunda con la bala que disparó una mano crispada por la satisfacción brutal del bien que con ansias de muerte se había anhelado, no

importa que la sangre brote, no es cosa mayor que el cuerpo muera. Hay aún algo que vive, algo que flota sobre aquella desolación.

—¡Acacia! ¿Ande está?

—¡Madre, madre!

—¡Ah! ¡Menos mal, que creí que aún fuera por él por quien llorases!

—¡No, madre, no! ¿Usted es mi madre!

—¡Estás salva! ¡Con mi sangre inocente te salvo! ¡Bendita esta sangre que salva...!

En esta espantosa tragedia de cuerpos oprimidos por las cadenas que a tiempo no se supieron limar, no todo se derrumba.

Agustín, para ser águila, costó un mar de llanto; Acacia puede ser regenerada con aquella sangre que se lleva la vida de la madre ofendida y redentora.

Ni Edipo, ni Medea, los dos grandes tipos trágicos del clasicismo, pudieron columbrar el por qué ni para qué de sus desventuras. La fatalidad los empujó, y no hubo redención posible. En *La Malquerida*, la fatalidad nada significa; es hombre y mujer que sienten arder en sus venas fuego devorador que los consume y en vez de aplacar la hoguera, avivanla a tiempo con el soplo de su insensatez. No había más que un remedio: la huida. El que pudo no huyó, y el que amó el peligro pereció en él.

Decidme si ésta no es pura y santa doctrina moral.

* * *

Hemos visto el argumento de *La Malquerida*, contado por mí bien desmañadamente, aún teniendo un espacio de que se dispone en pocas ocasiones, y auxiliándome de algún fragmento del original. Decidme: quien presencie el drama en la única representación de un estreno; quien le vea una sola vez, si es sensato, ¿puede en modo alguno hacer crítica analítica de esta obra tan compleja, tan profunda, tan intensamente emotiva, tan humana?

Si es un prodigio de arte, debe decirlo, y nada más; si quiere desmenuzar el argumento, lo destroza y lo hace absurdo; pues, claro es, no porque sea tan humano es cosa de todos los días, ni todas las hijastras son Acacias, ni todos los padrastros son Esteban. Si se atreve a decir si el drama es moral o inmoral a la ligera, cometerá la grave inconsecuencia de condenar, acaso, lo que es la mejor doctrina de los Santos Padres y moralistas, o de alabar en redondo este *vaso de iniquidad* que llamamos el ser humano, donde todas las cizañas pueden crecer, y a las cuales solo el escardillo de la penitencia, afilado a fuego de sufrimiento y templado a lágrimas de sacrificio, puede extirpar.

Quedamos, por tanto, en que *La Malquerida*, es un drama esencialmente emotivo; y como el arte, si ha de ser algo, no puede ser otra cosa que emoción honrada, sinceramente producida y sentida, por caminos de vida y verdad, así sean ellos extraños y dolorosos, la tragedia de Benavente, intensa, espantosa, si quereis, es una obra inmensamente artística; tanto, que los que la presenciaron no podrán, asistiendo a ella sin bastardo prejuicio, más que dar cuenta de la profunda emoción que el poeta ha sabido llevar a sus almas. No otra cosa se pidió nunca a los poetas dramáticos; por pretender muchos otras finalidades, nos hemos visto chasqueados tantas veces en el teatro con tesis que no nos producían frío ni calor, porque no se habían sentido sino en la soledad del gabinete de estudio, al calor de una chimenea bien repleta y a través de las prosas de algunos filósofos.

La filosofía se puede llevar a la escena, como todo lo que es vida de hombres; pero sólo cuando los hombres han sabido convertir las cuestiones filosóficas en estados de sentimiento.

B

Apuntado queda como, según opinión mía. *La Malquerida* había de producir en ciertos nervios de femenina irritabilidad protestas y vacilaciones.

Las ha habido de todas clases. Desde los que ingeniosamente, no sin poner en evidencia su alta idealidad, pensaron en la historia de un crimen monstruoso, muy adecuado para literatura de presidio, hasta las de aquellos que se volvieron tarumba pensando en si podría ser real o no el caso de los amores de Acacia por Esteban y de éste por Acacia.

De éstos merece especial mención el crítico antes indicado, el cual escribe:

«Podría ser eso, y el caso ha sido no pocas veces registrado, ya en la novela y en el teatro», si al casarse Raimunda, su hija hubiera estado ya en edad de sentir el amor sexual. No es eso lo que sucede en el drama de Benavente. Cuando esas segundas nupcias de la verdadera protagonista de esta obra, Acacia era una chicuela, y su odio a Esteban no fué más que una forma de esos celos infantiles que tan bien estudiados han sido por los psicólogos de la niñez. A eso responde en toda la obra Acacia, salvo en un detalle: en el del primer acto, cuando la muchacha enseña a la amigueta sus regalos. Pero es que aquél detalle me parece otra inverosimilitud. Y esos celos infantiles no parece tan llano que puedan degenerar súbitamente en un arranque furioso de amor sexual como el que da desenlace a la comedia. Y como eso no era nece-

sario; como era totalmente innecesaria esa nota para que en *La Malquerida* hubiese un intensísimo conflicto dramático, ¿cómo no comprender la frialdad del público en el último acto, después del entusiasmo tan justificado del segundo?»

Es decir, que el amor de Acacia por Esteban es sencillamente una ficción inadmisibile en el Arte.

¡Me valga Dios! ¡Y qué celosos de la verosimilitud escénica se han hecho ahora los críticos!

Se admite que el «caso» no ha sido pocas veces registrado—y, desgraciadamente, tiene razón el crítico; tal aberración moral se da en la vida;—pero líneas abajo se dice que los celos infantiles han debido ser la causa original de aquel amor culpable. ¿Quién se lo había dicho al crítico? ¿Por qué esa hipótesis para apoyar sobre ella un juicio de punto en boca?

¡Pues qué! La pasión de Esteban por Acacia, sus constantes desvelos por atenderla y obsequiarla, ya mujer casadera; el crimen mismo cometido por la loca pasión que inspiraba; las penas, sufrimientos y amargura del hombre que por ella todo lo perdía; el fermento de tanto odio con que se había venido disfrazando en Acacia el profundo agradecimiento por tantos homenajes; la levadura

de nuestra carne y nuestra sangre, *inclinada al mal desde su mocedad*, ¿no podían ser bastante a que la hoguera que ardía, mal encubierta, estallase al soplo de tanta contrariedad, y a su lumbré se descubriesen abismos del corazón, a los que la misma Acacia no había podido asomarse?

Repugnemos el hecho en nombre de la moral, y repugnemos como delito de humanidad el arte que se proponga hacer amable el delito. Pero si esto no ocurre; si el arte, en sus llamas que hacia lo infinito tienden, arroja como escoria lo que su fuego no pudo depurar, necios seremos en querer tomar en nuestras manos esos miserables restos y filosofar sobre el por qué ellos son escoria.

De detalles de inverosimilitud habla también el crítico; se refiere a la triste complacencia con que Acacia enseña los regalos a Milagros; a aquella amarga delectación con que protesta de los obse-

quios de Esteban, sin saber ella aún, seguramente, que en su pecho el odio va encontrando ya irisaciones de amor a la luz de tanta pleitesía como Esteban le rinde.

(*La Acacia y la Milagros se sientan en el suelo y abren el cajón de abajo de la cómoda.*)

ACACIA. Mira estos pendientes, me los ha regalado... bueno, Esteban... ahora no está mi madre; mi madre quiere que le llame padre siempre.

MILAGROS. Y él bien te quiere.

ACACIA. Eso sí; pero padre y madre no hay más que unos... Estos pañuelos también me los trajo él de Toledo; las letras las han bordado las monjas... Estas son tarjetas postales; ¡mira qué preciosas!

MILAGROS. ¡Qué señoras tan guapetonas!

ACACIA. Son cómicas de Madrid y de París de Francia... ¡Mira estos niños qué ricos...! Esta caja me la trajo él también llena de dulces.

MILAGROS. Luego dirás...

ACACIA. Si no digo nada. Si yo bien veo que me quiere; pero yo hubiera querido me-

yor y estar yo sola con mi madre.

A la escena más sincera, más femenina, que quisiera ser confidencia y continúa siendo misterio, se la tacha de inverosímil.

Por esta escena sola podía dar Benavente alguna de sus obras, y muchos autores podían liquidar todas las suyas.

Pero, en fin, dejemos esto; y refiriéndonos al punto concreto de la incongruencia de los amores de Esteban y Acacia, veamos que no son tan extraños.

Un poeta maravilloso de nuestro gran siglo, don Pedro Calderón de la Barca, concibió dos dramas trágicos con asunto mucho más escabroso que el de *La Malquerida*. Un compañero mío en estas lides poco agradecidas de la crítica teatral (*) citó muy en su punto esos dos dramas, hablando de la

(*) Rafael Rotllán.



D. Manuel Hidalgo Machado

Cuya notable conferencia en el Centro Telegráfico de Madrid ha sido muy elogiada

obra de Benavente. La una es *La venganza de Tamar*; la otra, *Los cabellos de Absalón*; ambas están basadas en el conflicto de los amores de Amón por su hermana Tamar, amores que bastante más terriblemente que en *La Malquerida* terminan en las comedias de Calderón. Si la crítica de aquellos días hubiera sido tacaña y mísera como la de ahora, ni por esos dramas, ni por otros no menos arriesgados, hubiesen tenido Lope y Tirso, Rojas y Calderón, la gloria que alcanzaron. Pero no; sin duda, en aquellos tiempos las conciencias vivían más en paz con ellas mismas y no se planteaban los «casos» que nuestras mismas preocupaciones subjetivas plantean ahora a cada instante. Y, sin embargo, ni antes ni ahora la moral ha cambiado en sus cánones fundamentales. Ha cambiado solo nuestra hombría, nuestra serenidad; como si temiéramos que fatalmente hemos de ser víctimas de lo que vemos, tratamos de romper los espejos más limpios.

Es un caso de neurastenia colectiva: nos asustamos porque no podemos responder de nuestra euanimidad; el vértigo de los abismos nos asalta en cuanto nos asomamos a uno cualquiera, y así nos avenimos tan guapamente con todo dulce pasar, con cualquiera receta anodina en Arte y en Política, en paz y en guerra.

No extrañen, pues, los aspavientos de ciertas conciencias turbadas por tan humanas cosas, pues, al fin y al cabo, si las tragedias se hubiesen compuesto alguna vez para favorecer una buena digestión, de Esquilo a Shakespeare, todos los trágicos figurarían hoy entre los competidores de cualquier autor de un estimable elixir. Y es todo lo contrario. La acción trágica tuvo por héroes a los semidioses, y no porque, precisamente, sus personajes lo fueran, sino porque de hombres superiores es el goce estético que ella guarda. En los días presentes, en que vamos para superhombres, por una *Malquerida* nos asustamos, lo cual no quita para que maliciosamente nos echemos a pensar en quién habrá pensado Benavente al escribir su obra.

Obsérvese que la burla y la risa no exigen civilización; en cambio, para sentir la tragedia griega, para encontrar la belleza del dolor de Edipo y conmoverse ante Orestes, se necesita una delicadeza de facultades anímicas que no alcanzaron algunos pueblos, el de Plauto, por ejemplo. El público que aplaude con entusiasmo arriesgados trabajos de circo y luchas de atletas, seguramente se divertirá con groseras piezas cómicas, y hasta podrá llegar a encontrar gusto en un teatro de cortesanas, bribones, consentidos, fanfarrones, etc. etcétera; pero es difícil que logre levantarse a sentir la belleza del carácter de Prometeo.

Y, sin embargo, queramos o no, el aspecto trá-

gico se impone fatal y lógicamente en la vida y a nuestra altura estética no puede negarse su realidad artística, siquiera nuestros espíritus, algo débiles para el dolor, se encojan prontamente y a veces quieran protestar de que en tales esferas se dé lo bello, lo cual no quitará para que ya que de ordinarío no tenemos en el circo luchas de gladiadores vayamos a verlas al cinematógrafo.

(Continuará)



Impresiones de la Sierra

Un paisaje risueño y alegre...
Una fuente de límpidas aguas...
Unos pinos copudos y verdes
Y una ermita blanca.

Un Castillo vetusto y ruinoso
En un tiempo gloriosa atalaya
Donde hoy crecen la yerba y el musgo,
La hiedra y la jara.

Una fértil y fresca ribera...
Unas lomas de flores cuajadas...
Unas frondas espesas y umbrías
Y unas sierras altas.

Con dulzura inefable de cielo
Aquí tienen las mozas serranas
La *poesía* prendida en los ojos
Y el *ensueño* grabado en el alma.

El amor ríe y flota en sus labios
Con sonrisas suaves y blandas,
Y semejan sutiles, ligeras,
Mariposas blancas.

Flor de sierra en la fronda nacida
Que trasciende a tomillo y a jara,
Que es morena y ardiente y fogosa
Porque el sol la baña.

Añoranzas de tiempos pasados
Que recuerdan sencillas zagalas
Y canciones, amores e idilios,
Zampoñas y flautas.

¡Oh mujeres esbeltas y lindas,
Mujeres gitanas
Que naceis en la sierra de Huelva
Como flores de *ensueño* lozanas!
Que llevais la *poesía* en los ojos
Y el *ensueño* prendido en el alma

Yo os ofrendo el perfume fragante
De las dulces canciones serranas,
Que en mi lira de oro he rimado
Con suspiros, sonrisas y lágrimas.

Dr. Nemesio de Heredia



Ideales telegráficos

Así intituló la magnífica Conferencia dada en el Centro Telegráfico de Madrid el prestigioso Abogado, distinguido miembro del Cuerpo de Telégrafos y querido amigo nuestro, don Manuel Hidalgo Machado.

Al recibir las cuartillas, el título produjo en nosotros la impresión de aridez que llevan consigo las especialidades de cualquier ciencia y arte y con las naturales reservas nos dispusimos a leerlas para redactar unas líneas; pero apenas comenzado se disipó como por encanto el prejuicio, y de un tirón, con avidez y con verdadera satisfacción, devoramos el interesante trabajo del distinguido convecino.

Todas las nobles ansias de las asociaciones son expuestas de mano maestra por el conferenciante, teniendo algunos párrafos de verdadera intensidad artística, y otros de verdadera galanura y humorismo.

El excelente trabajo, por su mucha extensión, nos es imposible publicarlo íntegro, pero a fin de que lo conozcan nuestros lectores entresacamos algunos de sus párrafos más bellos e interesantes.

Para que en su labor no faltara nada, toca magistralmente la nota colombina y americanista, aunque no nos sorprende conocidos sus entusiasmos por los ideales americanistas.

He aquí algunos de sus párrafos:

IDEALES TELEGRÁFICOS

Hace justamente un año que, por una amabilidad incomprensible de este Centro, tenía mi modesta persona el honor de dirigiros la palabra, cuya distinción hube de estimarla como un halago de la fortuna; y fué tanta la benevolencia vuestra aquella noche, que ella se marcó en mi espíritu de modo tan imborrable, que el recuerdo de aquella fiesta y mi gratitud a ustedes desaparecerá cuando se anule mi memoria. Y si para mi espíritu fué aquella una de esas fechas que forman época en la vida de los hombres, para el Cuerpo de Telégrafos la fiesta del 22 de Abril pasado fué el hecho memorable, la piedra milenaria que señala el tránsito de una a otra época, de una a otra edad; acaso de una a otra era; el momento histórico más solemne y decisivo de su ya larga y trabajosa existencia.

Sí; momento histórico. Momento histórico, porque en ella cediendo a impulsos de su nobilísimo carácter y cumpliendo el designio democrático de los tiempos llegó a nosotros el Director general, el muy ilustre señor Ortuño, para compartir nuestra alegría y consagrar con sus palabras las nobles aspiraciones de nuestro Cuerpo; y fueron tan sinceras sus expresiones, y tales sus esbozos de renuevos, que hicieron cifrar las más grandes esperanzas en el afecto, constancia y estudio de nuestro primer Jefe, quien señaló con sus actos y sus palabras los nuevos derroteros en las orientaciones telegráficas.

Y fué también momento histórico el 22 de Abril pasado porque desde entonces este Centro cuyo afán por el progreso del Cuerpo era bien sentido, manifestóse abiertamente para colaborar en esa gran obra de patria que realiza el señor Ortuño, y avivando el espíritu de la Corporación y estrechando los lazos de unión del Cuerpo entero ha dado las brillantes notas de cultura que representan los actos realizados. Por esto es más difícil mi labor.

Sí; telegrafista siempre. Hace algunos años comentábamos con todo el humor de la juventud las peripecias sufridas por varios camaradas que a imitación de *globe-trotter* hicieron una excursión a pié y sin dinero que durara cinco días. Y poniéndose a resolución el problema de llegar al extranjero equivocado y a una población desconocida sin una peseta en el bolsillo, cada cual expuso el modo como resolvería el conflicto. Unos irían al Cónsul, otros al Hotel de Ville, otros a algún compatriota, algunos a las Asociaciones de Caridad y Beneficencia. ¿Y tú a donde irías? preguntaron a un compañero, «Yo... al telégrafo»,—dijo con frase espartana;—«allí estaría en comunicación con la tierra entera, allí estaría en mi patria, porque mi patria tiene por límites toda la extensión de los hilos telegráficos.»

Telegrafistas siempre; hasta en la muerte. Recuerdo un hecho que causó en mí una impresión que no se borra jamás. Un compañero y amigo del alma, Lanuza, moría en Cádiz hace algunos años; apenas se percibía su aliento, cuando le inquiría sobre su estado;—«Calla chico»,—me dijo—que guardia más atroz; Tenerife tiene más de cien despachos; y se apagó para siempre su existencia. Murió como los héroes con la augusta expresión del sacrificio en el semblante; como aquel valiente Mac-Crohon, segundo del Vizcaya, vivo milagrosamente en la tragedia de Santiago de Cuba, que moría pocos meses después en su lecho rodeado de los suyos, diciendo en el delirio de la fiebre:—«Al Yo-va muchachos, apuntad bien; al Yo-va, ¡al Yo-va!»—

y cayó desplomado sobre el lecho. Cada cual cumplía hasta el momento supremo su respectiva misión en la obra de la Patria, dando su último aliento a su escudo y su último recuerdo a su bandera.

Torpemente hube de exponeros en el pasado año lo que yo entendía por solidaridad telegráfica, adaptando nuestra unión al derecho internacional, para formar una institución de carácter positivo, que fuera base del imperio del derecho y de la paz universal. Nada más lejos de nuestros temores entonces que una guerra apocalíptica viniese pocos meses después a conturbar el mundo sumiéndole en la más espantosa tragedia que ha podido presenciar la historia. En ella luchan intereses económicos, épicos arrebatos, arrogancias increíbles, diferencias etnográficas; afanes de cultura, ansias de libertad, y desde los más opuestos campos, denodados telegrafistas cumplen su alta misión. Todos pelean teniendo una bandera, todos luchan por lo que entienden su orgullo nacional. ¡Gloria a los valientes defensores de los ideales de su Patria, que nada hay más respetable que el honor! Sea para esos nuestros hermanos beligerantes un recuerdo nacido del alma, enviado por nosotros desde aquí con las hondas hertzianas de nuestra admiración y sentimiento...

Y como una de las aspiraciones mejor sentidas llega a mí la cuestión del Giro. El éxito indiscutible, digno de toda loa para sus implantadores como para el benemérito Cuerpo de Correos, a quien rindo desde aquí el más cumplido homenaje de admiración y simpatía, el éxito, repito, que representa el funcionamiento del Giro, hace pensar en su fraccionamiento trayendo a Telégrafos el Giro Telegráfico descongestionando de ese modo el Giro Postal. De esta suerte, poniendo una tarifa única económica para el aviso telegráfico de giro serían aún más los ingresos del Tesoro, sin que éste tuviese que desembolsar dinero alguno para su implantación, porque podría hacerse con fondos de la Benéfica y sería para ésta muy beneficiosa la reproducción de ganancias, obteniendo además del premio por la venta de sellos el empleo de su dinero en el tráfico del Giro, sin pérdida alguna nunca porque el dinero que se entrega en Cádiz se acaba de recibir en Barcelona.

La construcción de edificios para Correos y Telégrafos con salas de aparatos y salas de batalla donde entre la luz y el aire y la alegría a torrentes; la desaparición de los insalubres locales que en la mayoría de los sitios se padecen, que en vez de ser lugares higiénicos donde una juventud trabaje y respire, son locales impropios para la habitación

de las personas; la dotación de personal suficiente a nuestras oficinas, de distribución apropiada, porque no puede serlo que los Centros y Secciones estén faltos de brazos expertos, mientras Oficiales quintos y cuartos Hughistas y Baucotistas están en limitadas, y que haya en limitadas también Oficiales de alta categoría, mientras Oficiales cuartos y quintos son Jefes de servicio en los Centros, llenos también de señoritas... Todo, todo esto, debe ser para nosotros también un ideal. Y pues que nombro a las señoritas, es de hacer notar que ellas han puesto sobre el tapete la cuestión de un problema de carácter sociológico que no es de este sitio, pero he de decir que ellas acaso por agobiosas circunstancias de la vida han ido ocupando los sitios que la deserción dejó vacíos. Y mientras convocatorias amplias y sucesivas cada vez más numerosas no traigan a nuestro trabajo los muchos cientos de Oficiales que el servicio necesita, las señoritas habrán de tener un puesto porque es irremediable; ya están dentro; después hay muchos sitios, los suyos apropiados de cierre, revisión, venta de sellos, mecanografía, teléfonos, muy en armonía con su especial idiosincracia, y mientras esto no ocurra, seamos consecuentes; se les niega capacidad, y yo uno de ellos en casos concretos, para llevar estaciones de tres despachos, y desempeñan en Centros y Secciones hilos con cien telegramas al día.

El complemento de un servicio telegráfico modelo consiste en el reparto. Y creo no podrá tacharse de exagerado si digo que el reparto constituye el baldón de ignominia del servicio de Telégrafos. Tarda por regla general mucho más en llevarse a domicilio un telegrama que en cruzar por telégrafo España entera. Este es un hecho que se observa a diario, y que hay que corregir frecuentemente. Por eso el personal dedicado a este servicio, sobre estar mejor retribuido, debería tener una férrea organización, bien adecuada, porque de nada, si no, habrán de servir los esfuerzos de los telegrafistas ante los atriles de sus aparatos.

Hace 21 años unos cuantos telegrafistas cuyos nombres son orgullo del escalafón, Zabaleta, Pedro Romero, Sandoval, Primitivo Dominguez, que ayer ha pasado a la otra vida, Manolo Lázaro, Zurita, Hernandez, mandados por el inolvidable don Angelo García Peña se incautaban del cable de Canarias. La medida dentro del orden político, telegráfico y económico tenía una importancia incalculable, y esos aspectos me obligaron muchas veces a salir a la palestra. Recientemente en la última asamblea americanista celebrada en Huelva

hace tres años, desarrollando el tema de las comunicaciones telegráficas con la América latina, sacaba a colación mi vieja raigambre de que se prolongase el cable de Canarias hacia abajo llegando a Fernando Poo y Buenos Aires, y hacia arriba, costeando España, de Mallorca a San Fiorenzo (Córcega) que está unida por cables a Génova en Italia y a Antibes cerca de Marsella, y habríamos dado un paso gigantesco en las comunicaciones cablegráficas mundiales y cooperaríamos en poética dulcedumbre del ideal iberoamericano con el tendido de un cable cervantino. Pues bien, no lo olvidéis; ese debe ser para nosotros, como telegrafistas, una aspiración; el espíritu español tiene aún grandes ideales que realizar, y a nosotros puede estarnos reservada la gloria de establecer el misterioso palenque de la raza.

Fué en mi provincia y en el pueblo de Cortegana, escondido en los repliegues de abrupta cordillera, donde nació la idea pristina del Colegio de huérfanos y fué Pepe Giles el autor de tan piadosa inspiración. Acaso pensara en la incierta suerte de su amada descendencia, y poniendo todo su talento a contribución de la magnánima obra, lanzó en la prensa, no ya la idea redentora, sino hasta la forma práctica de su ejecución. Vivíamos entonces, acaso no sea aquella la única vez, en esa indiferencia que mata; la lucha es necesaria porque la vida es lucha, y cayó en el vacío tan loable aspiración. Hoy con más fortuna, unos compañeros, Cuenca, Ferrer y Cardenal, cuyos nombres deben gozar con Giles de nuestra admiración, han logrado abrir paso a la idea.

Nada hay más grande que un hijo ni nada más triste que un niño huérfano.

¡Que tengan los desamparados un techo y una mano protectora; que sea Telégrafos siempre su escudo! La Asociación Benéfica deberá tener la palabra. Yo tengo un niño chiquito, de cuya vida depende la mía, y su futuro incierto atenaceaba mi alma. ¡Asociación Benéfica de Telégrafos, a tu puerta

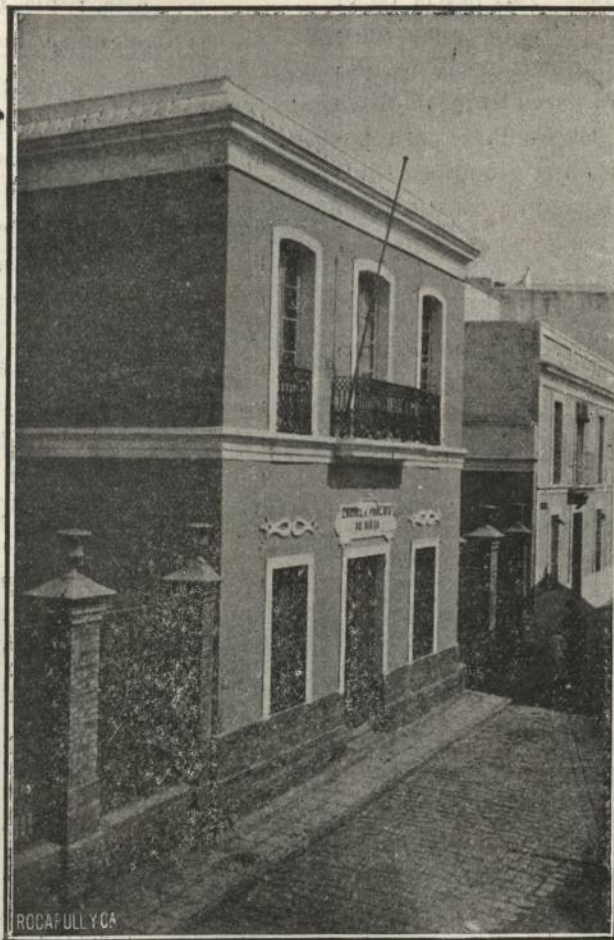
llama la Piedad! Yo alzo mi voz modesta, pero que lleva las ternuras de un alma que te habla de lo que más adora. Cuando me muera tengo bastante con un puñado de piadosa tierra; dadle a mi hijo algo más que un pedazo de pan.

Ya conocéis el célebre hilo internacional de Cadiz a Burdeos y París. Un día... pero antes os

diré rápidamente la importancia y génesis de esa asombrosa comunicación.

Existían ya los cables del Senegal a Canarias y de Canarias a Cadiz, y pensó Francia en la posibilidad de unirse con sus colonias africanas, teniendo un hilo directo de Cadiz a Burdeos y París. Y así fué, en efecto; los telegramas del Quaid d'Orsay a St. Louis del Senegal tardaban brevísimos minutos y por ese hilo cursaba espléndido servicio americano para las más meridionales regiones europeas. Los ratos de cero los aprovechábamos en amena e instructiva charla; sería interminable contar la larga serie de episodios. Un día se extrañaba el colateral de allende el pirineo que el compañero de Cadiz hablase tan bien el francés y le preguntó qué libros franceses había leído y cuál de ellos más le había gustado. Y con la más alborozada hilaridad de todos los presentes le dijo en el más chistoso de los humorismos:—¡Ah! Yo he leído un libro que empieza diciendo: *Calipso ne pouvait se consoler du départ d'Ulisse*.—Refamos a carcajadas la ocurrencia cuando el francés decía:—«Yo he leído uno en español, muy bonito, que empieza diciendo: *En un pueblo de la Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme...*»

Confieso mi turbación. A nuestras alegres risotadas sustituyó la absorción profunda de más hondo pensamiento. Aquél sainete, burlesco en un principio, terminaba en drama heroico de una intensidad espiritual cuyas consecuencias y filosofía envolvieron mi cerebro. El alma española había traspasado las fronteras; la caballería andante de mi



HUELVA.—Edificio Escuela de la calle Cánovas

patria, la más hidalga concepción del espíritu castellano, vagaba por el mundo y atravesando los misteriosos hilos telegráficos corría veloz por el haz de la tierra; entonces comprendí en toda su intensidad la influencia de nuestra grandeza.—Mi patria es el mundo—le decía Norzagaray al francés otro día en que se extrañaba nos interesáramos y le inquiriéramos sobre acontecimientos mundiales, como el proceso de Dreyfus.—«Mi patria es el mundo»—le contestaba. Mi patria tiene por límites toda la extensión de los hilos telegráficos. Pasemos nosotros,—los que yo llamo librecambistas del pensamiento,—pasemos las fronteras para poner nuestro grano de arena en el grandioso edificio de la Paz del mundo, llegando a constituir la Asociación telegráfica por congresos sucesivos y graduales, hasta instituir también un día que sea la Fiesta del Telégrafo.

Y no quiero cansaros más. Árdua la empresa propuesta que he tenido el honor de bosquejaros, tiene en cambio el valor inmenso de la sinceridad y de mi amor a la Patria, primero, al Cuerpo y a nosotros mismos después. Menos difícil será para todos llegar a la perfección que aspiramos juntando nuestras voluntades en el crisol de la abnegación y del trabajo.

¿Que cómo realizar tan bellos ideales? No desmayéis; llevad hasta los más apartados rincones telegráficos la esperanza que crea la grandiosidad de esta fiesta, que son los juegos florales de nuestra intimidad; la consagración de nuestro culto a la unión; y cuando en los más recónditos confines de nuestras oficinas, que son celdillas del panal de abeja que forma la red telegráfica, sintáis el desfallecimiento, hablad del levantado espíritu que veis en estos actos; llevad a todos por dequier el entusiasmo; cantad a todos los camaradas amores de patria, ansias de gloria, resurgimientos de esperanzas; decid a todos que iremos a cantarles nuestras proezas; a anegar su espíritu en nobles aspiraciones; decidle *sur suum corda* como dice el sacerdote en el más augusto de los brindis; decid a todos que nuestra misión no se acaba; pensadlo bien, que la telegrafía es la metafísica del progreso, la psicología de las naciones, el alma de los pueblos, el cerebro de la humanidad.

Era el año 1892 y se celebraba el 4.º Centenario del Descubrimiento de América, cuando recibía mi bautizo telegráfico y me encargaba de la estación que instalóse en una celda del mismo Monasterio de la Rábida. Una tarde llegó al santuario un matrimonio extranjero, al que acompañaba una deidad, cuyos años no llegarían a 18. Pusieron un telegrama y les atendí con toda la solicitud de nuestro carácter.

Eran belgas. Mis simpatías por ellos en este instante llegan a lo infinito. Mucho se holgaron de encontrar a aquellas alturas quien les hablase en mal francés y en animado coloquio pronto les serví de cicerone. Tras de aquella aparición de celestial belleza seguí fascinado, abandonando mi aparato. Cometí tan grave falta, Excmo. Sr., es cierto; pero era....

Alta, rubia, delgada y muy graciosa
digna de ser morena y sevillana.

Y atravesando patios y galerías, celdas y estancias, les fuí explicando cuánto de memoria había aprendido de la leyenda colombina.

Subyugado por la hermosura de aquella beldad que exhalaba perfumes de azahares, atravesamos la cálida explanada para llegar al monumento que cerca de allí se parecía. Subimos por la espiral que corre por el centro de la enorme columnata hasta llegar a una soberbia balaustrada, a la que sirve de adorno la reproducción de las popas de las tres carabelas, situada a tantos metros de altura, acaso con el afán de divisar las tierras colombinas.

El sol poniente dió reflejos de nacar a su cara y brotaron rayos de oro de su rubia cabellera. Parecía en aquellas alturas, señalando al grandioso panorama, la más viva encarnación de *Malvaloca*.

Y señalando al bello horizonte en cuyas más borrosas lejanías se juntaban el Atlántico y el cielo, me dijo:

—¿Ves toda la grandiosidad de la epopeya colombina? ¿Ves el arrojado afán de descubrir un mundo? Pues todo eso lo hizo la fé; todo eso lo hizo la constancia!....

M. Hidalgo Machado

BIBLIOTECA DE "LA RÁBIDA"

Hemos recibido:

«La Alhambra», Junio, Granada; «Obras Públicas», Junio, Madrid; «Boletín de la Real Academia Gallega», Junio, Coruña; «Boletín de Historia y Antigüedades», Febrero y Marzo, Bogotá (Colombia); «La Voz de Fernando Póo», Junio, Barcelona; «Boletín de la Secretaría de Fomento, Obras Públicas y Agricultura», Marzo y Abril, Tegucigalpa (Honduras); «Revista Mercantil», Junio, Huelva; «Cultura Hispano-Americana», Junio, Madrid; «Los Niños de España y América», Junio, Madrid; «Juventud Argentina», Mayo, Barcelona; «El Herald», Junio, Figueras; «Boletín Oficial de la Liga Marítima Española», Marzo y Abril, Madrid; «Revista Bimestre Cubano», Habana, Enero y Febrero.



“LA ENCARNACIÓN”

El gran *Almanzor*, conocido en el vulgo por el cristiano nombre de Miguel y por los apellidos Borrero y Morón, ha tenido la fortuna de conseguir que todos los trenes de Zafra a Huelva, hagan parada a cincuenta pasos de la preciosa casa de su finca *La Encarnación*.

serranas, cuyos olores confundidos dan la impresión de un abrazo extraño del tomillo con la jara, y del cantueso con la manzanilla, y el semblante visiblemente emocionado del gran Miguel y de todos los amigos que le rodean, meten en el alma del que escribe, esta impresión: *Esto es serio*.

La misa está en el altar. Hay en el cuadro la belleza sugestiva de una muchedumbre en silencio. Los pájaros no entienden de esto y cantan. El



Misa de campaña celebrada el día que se inauguró el apeadero «La Encarnación»

Se inaugura una estación con gran misa de campaña; muy bien por *La Encarnación* que entra en la circulación ferroviaria de España.

Tres diversas impresiones tuvo el cronista al asistir a la solemne fiesta de la inauguración del apeadero.

- 1.^a Estar serio.
- 2.^a Estar alegre.
- 3.^a Estar comiendo (dicción inglesa).
- 1.^a *Estar serio*.

La mañana de Junio, el gesto grave de la sierra; el traje dominguero de todos aquellos buenos campesinos que en masa acudían a oír la misa extraordinaria, dicha en altar sencillo, a pleno campo y a plena luz; el perfume austero de las plantas

inciensos azul sube rezando hasta confundirse con el cielo y cuando el sacerdote levanta en sus manos al Sol de los Amores Eternos, el otro sol, el de Junio, que quiere rendir su vasallaje a la Hostia, mete un rayo de su luz, entre el flamear de dos banderas, y va a estrellarse en la plata repujada del cáliz de los sacrificios del altar. *Esto es serio*.

Solo un extraño pudo hacer esta pregunta: ¿por qué la finca y el apeadero se llaman *La Encarnación*? Encarnación fué el nombre de una dama que partió con nuestro amigo Miguel el corazón y la vida. Un día vino la muerte y dejó solo a Miguel. Miguel no ha encontrado un modo más visible de honrar la memoria de su mujer muerta, que poniendo su nombre a aquella finca donde tiene puestas las niñas de los ojos, y los anhelos todos de la fiebre de su actividad.

Por un caminito tapizado de las flores del arroyuelo que corre allí al lado, va el señor cura vestido, y vamos todos tras él muy graves, en una original procesión; el señor cura dice en latín: Señor: aleja de aquí los males, la peste, las bestias feroces, las calamidades, el incendio, los rayos... Señor: bendice esta casa, estas habitaciones, esta estación...

Se descorre una cortinilla y allá arriba por encima de las puertas del edificio, Miguel pudo ver el nombre de su esposa, perpetuado, no en un mármol monumental que es siempre algo rígido y muerto, sino en la fachada de una estación, gráfico del movimiento y de la vida, resumen del modo de ser del progreso. ¡Ah, Miguel! has estado inspiradísimo, porque el cuerpo de tu esposa se lo llevó la muerte, pero su nombre, su nombre adorado, andará en todas las bocas, se escribirá en todos los papeles, e incorporado a una corriente de vida, será inmortal, porque el cariño, el santo cariño que lo ha puesto allá arriba, es la fragua donde se forjan las cosas inmortales.

2.^a *Estar alegre.*

Concluida la bendición, empieza la alegría y entramos en la plenitud del segundo desayuno de la mañana. Aquello es el delirio. Miguel con sus polainas rusas, sus calzones finísimos de punto negro, su barriga rozagante, tanto, que yo me acuerdo de la fórmula del volumen de la esfera, y su eterna sonrisa de satisfacción, manda, dirige, ordena, inspira, recuerda y atiende, multiplicándose en una forma decididamente impropia de quien ocupa un lugar tan respetable en el espacio. ¡Miguel: eres inmenso!

Tortas, bizcochos, galletas, pastelería de todos los estilos conocidos, aperitivos, refrescos, licores, chocolates y chucherías como no las pensara el genio de un Benedictino, el espíritu de un Suchard, el alma de un Menier, o la imaginación de un chiquillo goloso en pleno periodo confitero, rodaban por las mesas, y los convidados distribuidos en grupos, reían, charlaban y discutían no habiendo unanimidad más que en el elogio a Miguel, y en la expresión de todas las bocas que afirmaban, ya endulzadas por una riquísima pasta, ya crepiantes por un latigazo de anís, que aquello era un ideal de finca, que la casa era una preciosidad, que Dios era muy bueno, que la vida era una belleza y que....

Uno de los comensales se atiza unas medias verónicas como demostración de la diferencia científica entre la sustancia Gallo y la sustancia Belmonte. Otros, rincón aparte, frasean chascarrillos que sobre el fondo verde del campo no destacan, por aquello de que no hay peor cuña..... etc. Unos

cuantos señores respetables sienten arder la primera juventud en las venas y se enfrascan en un viaje a *Parralejo* (2 kilómetros) para visitar el Generalife de los cerdos y la Alhambra de los cochinos, que hasta los cochinos de Miguel tienen suerte de tener tal amo, y viven como *príncipes*. Hay que ver a los señores respetables, a la vuelta de la expedición, derrotados, sudorosos, presumiendo de incansables y arrastrando sus fatigas por las cuestras sin fin.

No hay más remedio que gritar ¡Viva la juventud de nuestras autoridades! ¡Viva!

¡Viva el Galleguito! ¡Viva!

¡Viva el Rey del Silencio! ¡Viva!

¡Viva Lain Calvo! ¡Viva!

¡Viva el Rubio! ¡Viva! ¡Viva!

Hay un grupito que forma su partida de tresillo. ¡Juego!... Copas... ¿Quién fué?... ¿cuanto?... ¿Quién dá? ¡Divertidísimo! Según noticias, que vienen a la tertulia del cronista, en esa partida, el derecho fiscal se ha rendido al canónico, pagando diezmos y primicias.

¡Viva Cartaya!.. ¡Viva!

El fotógrafo choquero, y su aprendiz *Tapaaa...* impresionan antes del almuerzo unos grupos artísticamente preparados. ¡*Tapaaa...*! ¡Espera!...

Don Miguel: póngase aquí, en el centro. Así. Usted, mas acá ¡ajajá! Don Fulano: más cerca, más cerca. Total, que es cierto que el verbo palpar lo conjugan mejor que nadie los barberos, pero no se quedan muy atrás los fotógrafos. ¡*Tapaaa!*

Para abrir el apetito propone en ese preciso momento don Miguel, una virutita de jamón de jabalí. ¡Y vengan virutitas! Aquello es una carpintería!

Abiertos ya todos los apetitos se destaca en el general barullo una voz potente elocuentísima, que grita:

¡*Hijos del Zebedeo, a almorzar!*

Miguel me dice: ¿*Como estamos de ganas, Manuel?*

—¡*Pchs!*

—¿*Te portarás bien con la cuchara?*

—¡*Pchs!*

—*Mira, hijo mío, toma agua de Parralejo y véras, Manuel, te comes la inclusa...*

3.^a *Estar comiendo.*

¿Ustedes no han oído hablar de las expediciones de Felipe IV al Coto de Doñana? ¿No recordais el festin de Baltasar? ¿Se os han olvidado las bodas de Camacho? ¡Ah! Todo eso no son más que parvedades y colaciones al lado del almuerzo que entre pecho y espalda nos metió el *moi magno, e moi poderoso, e moi conqueridor Micaelo el inmenso, dicho e conocido por Almanzor el grande.*

Con las gambitas, aceitunitas, anchoitas, la tortilla y el pescado quedéme tan desprendido de apetito que me acordé del *Litri*, cuando en una ocasión parecida le preguntaron: *¿Qué es eso, Miguelillo, tienes más ganas?—¡Qué vía tené, zeñó, si ese arroz ma dejao manso perdió...*

Así estaba yo a las alturas del pescado, *manso* *perdío*... Y cuenta, que todavía no era empezado el almuerzo.

El anfitrión complicado en medio lechón de Juan Vides, me reprende:

Manuel, tú no comes, tú estás en ridículo.

Al lado del anfitrión hay una figura epopéyica... ¡Qué bendición de llantadera! ¡Qué hombre! ¡Qué diente tan verdaderamente secular! Cabritos, pollos, lechones, jamones de todos los sitios del planeta donde hay jamones, toda la to-matería andante, los arroces, los asados, los dulces de casa, los de fuera, el flan y los almendrados, la fruta que está representada por todo lo nuestro, y por abundantes manifestaciones

tropicales, el Riscal, el Jerez, el Rioja, el Champagne, el Burgos; lo divino, lo humano, lo creado, lo increado, lo contingente y perecedero y lo transcendental e inmanente, todo entraba por aquella boca de privilegio, todo desaparecía en el abismo de las profundidades gástricas. ¡Væ victis!

Y no era solo, el señor dicho, el que llamaba mi atención y producía mi asombro; puede decirse que casi todos los comensales tenían análogo crédito digestivo, y eran firmas respetabilísimas en el mundo del tenedor y la cuchara.

Miguel, se queja seriamente de que los invitados no comen; tiene un arranque lírico y dice: *¡Qué lástima que no fueran mayores los estómagos!* ¿Todavía mayores, Miguel? Es verdad que la calidad de los manjares supera a la cantidad. Pero así y todo, Dios mío, ¿dónde mete esta gente el comestible?

Loados seais, seres superiores, temperamentos recios y varoniles, semidioses, héroes: yo os admiro. Vosotros sois todos estatuable; yo os reverencio. Almanzor tiene muchísima razón: ¡Yo estoy en ridículo!

El Champagne desata los brindis. Miguel hace un puchero graciosísimo y lee unas preciosas cuartillas. Estás elocuente, ilustre anfitrión. ¡Bravo!

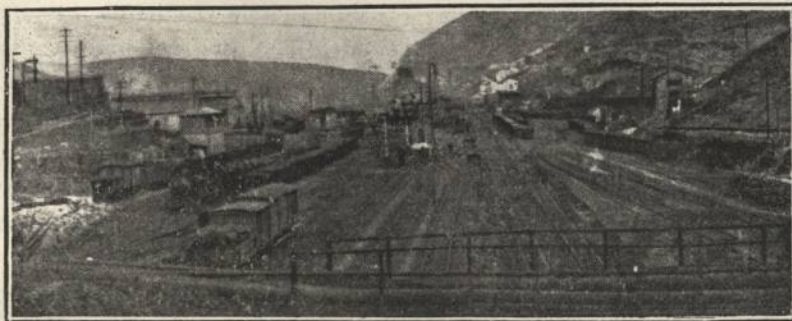
Después...

Un orador de alma buena, artista grande y profundo de todo lo que consuena con descubrir otro mundo, nos hizo reír y llorar con fácil y elocuente palabra. ¡Muy bien! ¡pero muy bien!

Otro barbián, que habla como los ángeles y a quien el dinero le tiene robada la poesía, le dijo también a Miguel cosas preciosas, cosas de almas finas.

Otro señor, buenísimo, cultísimo, mostachoso y tal, hizo una improvisación llena de unción, de cariño y de afecto.

El señor del periscopio y del peristilo, hizo también lo suyo, brevemente y con elocuencia; y el que estas páginas escribe tuvo que leer unos versitos que hicieron reír al enardecido auditorio, en cuyos versos se revelaban secretos importantes de la vida inteligente, de la vida emotiva y de la vida animal...



RIO-TINTO.—Vista parcial de la mina

Luego vienen los puros; todavía más puros, puros mágicos con adornos orientales, puros de rey-zuelos y radjás, puros de un sultán de Delhi o de Benarés.

Y como fin de fiesta, regalos con inscripciones alusivas a la inauguración; regalos de todas clases, de todos gustos; y finalmente, como si todo fuera poco, a cada ciudadano le dedica Miguel un cántaro de meloja. He ahí a Miguel de cuerpo entero. No sabía ya que dar y nos mete el recuerdo en almibar. Lo repito, Miguel: eres inmenso.

Señores lectores, si caemos allá en época de matanza, tenemos que pagar cada uno un dineral en el fielato de Huelva, porque entonces cada uno se trae un cochino. ¡Por estas que son cruces! ¡Hay que conocer a Miguel!

Dios lo guarde.

M. SIUROT



ECOS AMERICANOS

Para conmemorar la consagración completa de la independencia política de la República Argentina, el Ateneo Nacional de dicha República ha abierto un importante concurso al que podrán concurrir los autores de las distintas naciones de la

América latina o del habla española residentes en ellas, para una novela americana, con sujeción a las siguientes bases:

1.^a La elección del tema será libre, recomendándose, no obstante, aquellos que puedan dar lugar a la vez a la mejor descripción de la naturaleza física y al reflejo de la tradición histórica y social del país que se elija como lugar del asunto.

2.^a El trabajo deberá ser presentado en hojas formando papel de oficio, escrito de un solo lado, a máquina, no pudiendo exceder de 500 páginas ni ser menos de 400.

3.^a El trabajo deberá ser entregado bajo un pseudónimo, desde el 15 de Diciembre de 1915 al 15 de Febrero de 1916, al Presidente del ATENEO NACIONAL, directamente o por medio de las Legaciones o Consulados correspondientes, poniendo a la vez en un sobre cerrado y lacrado, el pseudónimo elegido y el nombre propio del autor.

4.^a EL ATENEO NACIONAL designará con anticipación un Jurado especial a fin de que resuelva sobre el mérito de las mejores novelas.

5.^a Acuérdense tres premios:

El primero de 10.000 pesos, moneda nacional argentina, de curso legal.

El segundo de 5.000 pesos de la misma moneda, y

El tercero de una mención honorífica.

6.^a La primera edición de las tres novelas que resulten premiadas será de propiedad del ATENEO NACIONAL con arreglo a la Ley Argentina de la materia. EL ATENEO las hará imprimir por su cuenta divulgándolas en todos los países del habla española y destinará a sus respectivos autores el 25 por 100 del producto líquido de dicha impresión.

7.^a Las novelas no premiadas estarán a disposición de sus autores o de quienes los representen hasta el 20 de Abril de 1916. Pasando esa fecha no se admitirá reclamo alguno.

8.^a Los premios serán distribuidos en una fiesta pública en el mes de Julio de 1916 en homenaje al Centenario de la Independencia Argentina.

David Peña, Presidente.—*Carlos T. Arguimbau*, Secretario general.



LA FIESTA DE LA RAZA

No hemos de ocultar las gratas fruiciones que experimentamos cada vez que nuestra pluma se mueve a impulsos de ese gran ideal de la unificación de la raza hispano-americana.

Hace muchos años se persigue con tesonero afán

el bello designio de la confederación de los diseminados miembros de esta gloriosísima raza que al través de los siglos conserva la misma pujanza y la misma fuerza motriz con que un día sus invencibles paladines ensancharan las fronteras nacionales hasta los confines del mundo.

De en medio de aquellas grandezas épicas que la historia señala como la etapa más solemne de nuestras glorias pasadas y que constituye uno de los más grandes blasones de la raza, surgió, por la acción heroica de España, este inmenso imperio colonial, que ella civilizó y evangelizó, dejando aquí los gérmenes de futuras grandezas, que más tarde, olvidando mútuas ofensas, habían de refundirse en un mismo regazo maternal, de donde brotaron, para establecer entre los hijos de América y los hijos de la antigua Iberia, entre los españoles de aquende y allende los mares, el ambiente de identidad que reclama hoy esa anhelada unión para salvaguardia y defensa de los intereses que nos son comunes, como descendientes directos de aquellos insignes descubridores, conquistadores y civilizadores, a quienes la posteridad ha rendido el tributo de su admiración y ha proclamado su gloria inmarcesible.

Entre las Corporaciones que mayor empeño han tomado en esta trascendental propaganda y con más loable perseverancia persiguen estos hermosos ideales, merece especial mención la Sociedad «Unión Ibero-Americana», establecida en la corte y villa de Madrid, a la que se debe la feliz iniciativa de celebrar en ambos hemisferios de habla española, como fiesta de la raza común, el 12 de Octubre, fecha inmortal del descubrimiento del Continente americano.

Como modestos zapadores de esos mismos ideales que tienden a implantar una alianza duradera y firme, como firmes y duraderos son los vínculos de la sangre entre los miembros de una misma familia, por el intercambio de las ideas y de los sentimientos, no hemos de escatimar nuestro humilde, pero muy decidido concurso, a los cooperadores y sostenedores de ese laudable pensamiento, que ha merecido el aplauso y el apoyo moral de los intelectuales de mayor relieve de uno y otro continente.

Solemnizar como fiesta nacional por americanos y españoles ese glorioso aniversario que recuerda a unos y a otros el arribo venturoso de las carabelas de Colón a tierra firme; reverdecer cada año con regocijos públicos ese singular acontecimiento que arrancó del caos de la barbarie a un mundo desconocido, merced a la abnegación sublime de una egregia soberana y a la intrepidez aún más sublime de aquel insigne marino al servicio de

la corona de España; consagrar un día del año a festejar ruidosamente la más brillante página que registra la historia de la humanidad para eterna loa de la raza latina y de aquella «porción de la Europa, que bastaría con ella para perdurar viviendo muerta en medio de la admiración de las generaciones», ha de constituir motivo de muy grata complacencia para todos los que justamente nos envanecemos de pertenecer a la nobilísima estirpe de los intrépidos descubridores y pobladores de la América española.

Sí; no hay homenaje más justo y mejor merecido que el proyectado en honor del insigne Almirante Cristóbal Colón, ni hay en los anales del mundo fecha más memorable que esta que la «Unión Ibero-Americana» propone a los americanos y españoles para su celebración como fiesta nacional de la raza.

¡12 de Octubre de 1402!

Al despuntar la aurora de este hermoso día para la humanidad y la civilización, tres carabelas españolas se aproximan a las suspiradas orillas de una tierra hasta entonces virgen, y es a Colón a quien corresponde el honor de ser el *primer europeo que puso los piés sobre la tierra del Nuevo Mundo*, acompañado de Martín Alonso Pinzón, Capitán de la *Pinta* y Vicente Yañez Pinzón, Capitán de la *Niña*, con su hermano Francisco Martín Pinzón, seguido de los demás oficiales de la tripulación.

Describir aquellos momentos es describir la epopeya más grande que el hombre ha podido concebir, y esta epopeya es tan sólo digna de una raza como la nuestra que hasta en el aire, podemos repetir como un distinguido escritor, lleva disueltas partículas de gloria.

No seremos, pues, nosotros quienes enseñemos a renegar de esta esclarecida raza, a la que están vinculadas las creaciones más portentosas en la vida de las naciones, ni mucho menos la de partir de nosotros el torpe consejo, tendente a alejar de los pueblos el recuerdo de sus glorias pasadas como parece insinuar un ilustrado quincenario de Altagracia de Orituco, y, si posible nos fuera, permaneceríamos de rodillas «ante los viejos ídolos rememorando siempre un pasado que fué glorioso y suspirando por pasadas grandezas», porque no es síntomas de decadencia, sino más bien virtud muy recomendable, el permanecer fielmente adherido, al través de las vicisitudes de los tiempos, a las gloriosas tradiciones de la patria.

Sean nuestros últimos votos por la unión, no sólo para la celebración anual de la *Fiesta de la Raza*, sino también para ulteriores y más trascen-

dentales empresas en favor de los intereses de la gran familia hispano-americana.

Pbro. Julián Esparta y Garay

Camatagua (Venezuela), 15 Enero 1914.



BIBLIOGRAFÍA

“Flores de Invierno”

Bajo el título que antecede, ha publicado recientemente su ameno e instructivo libro, don Agustín Moreno Márquez.

Al hojear sus páginas, el lector queda agradablemente sorprendido por la amenidad y variedad de sus relatos, así como por la claridad de su lenguaje, que hacen del interesante trabajo, una obra de inapreciable valor para los niños.

En *Flores de Invierno*, encontramos ejercicios de Gramática, Aritmética, Literatura, Historia, etcétera, etc., a cada cual más útiles y de una eficacia indiscutible para ejercitar y educar la inteligencia de los pequeños.

El libro de una sencillez encantadora y de una modestia que conmueve, revelan a su autor un alma buena, templada en el yunque del trabajo, animada por el imperativo del deber e inspirada en el amor de los niños, a quienes ha confiado sus talentos y aptitudes en su larga vida de Maestro.

Geografía Social

Conferencia pronunciada en el Ateneo de Madrid, por el Capitán de Navío don José Gutiérrez Sobral.

Conocidísima de todos la gran autoridad de que goza en estos estudios el distinguido e ilustrado marino, copiamos algunos de sus párrafos, para que nuestros lectores puedan saborear la galanura de estilo y profundo conocimiento del tema que desenvuelve el señor Sobral.

«Suele decirse que los pueblos que poseen grandes extensiones de costas son marítimos y que están en condiciones de poseer poderosas flotas de comercio, y los hechos nos prueban que hay naciones de escasas costas que alcanzan gran intensidad marítima comercial como Alemania, y otras de dilatadísimas playas que apenas dejan ver la bandera en los grandes océanos; y es que se confunde en este caso o ejemplo de actividad comercial marítima la concomitancia de una gran costa con la causa principal del poder marítimo y desarrollo de su flota mercante que es una gran producción que exportar que es lo que realmente fomenta la Marina mercante, pues ésta es hija de la primera. La actividad industrial y la superproducción de un país

origina una fuerza de expansión que es la que fomenta el vehículo marítimo llamado buque que ha de conducir el excedente del trabajo a otros países.

La errónea creencia de que fomentando la construcción de los barcos mercantes, se fomenta el comercio marítimo, es hija de confundir el objetivo con la finalidad, y ésta en la vida marítima de los pueblos es el transporte de mercancías, y sin éstas, aglomeradas en los puertos, de nada sirven las naves, como no fuera para estar amarradas en los muelles, porque no podrían salir a navegar, sin fletes que pagasen los gastos que origina todo buque en movimiento.»

«No hemos podido nosotros formar esos puertos de la índole del de Hamburgo, Génova o Trieste, porque carecemos precisamente del *hinterland* comercial, y he de insistir en esto tanto más cuanto que ahora se plantea la cuestión del establecimiento de las zonas neutrales como remedio a nuestra decadencia marítimo-comercial. No son las zonas neutrales las que a ciertos puertos les da vida; se la da su situación geográfica y su posición con relación al centro de Europa, por eso Hamburgo y Génova, que se encuentran más cerca del centro de nuestro continente, serán siempre puertos privilegiados.

Hacer la competencia a esos puertos es imposible. Cuando existía el comercio mediterráneo, que pudiéramos decir único porque se desconocía todavía el continente americano, todo el foco del comercio del mundo estaba en Génova, en Pisa y Venecia, y como todos sabemos, ahí aflúa el comercio de Oriente y del Asia Menor que venía al Mediterráneo. La razón de venir a esos puertos es muy fácil de comprender, si se fijan ustedes bien en el mapa de Europa. El centro de éstas tiene por costas más cercanas las que baña las aguas de los golfos de Liguria y Adriático en el Mediodía, y las que sirven de asiento a las ciudades de Hamburgo, Bremen y Amberes en el Norte, así que las mercancías llevadas a esas costas tienen que recorrer la más pequeña distancia por tierra para ser repartidas luego al través del Continente. Por esto cuando se descubrió el Continente americano decayó el poder mercantil de Génova y Venecia, e impulsó la vida marítima en Brujas, Amberes y ciudades de la liga hanseática.»

Para ellas

Novela del autor chileno Emiliano D'Aleçon.

La obra, editada con esmero e ilustrada con multitud de grabados, merece los honores de la lectura.

Su fondo perfectamente humano y su tendencia

de la más alta enseñanza moral, es fiel espejo de la realidad; sus páginas vívidas y sentidas y su forma correcta y acicalada, hacen de la novela del señor D'Aleçon una obra muy estimable.

SUeltos

En Zaragoza juró recientemente el cargo de Caballero Maestrante de dicho Real Cuerpo, nuestro paisano el señor Marqués de Dos Fuentes, de origen zaragozano, por su varonía de los Antón de Lanuza, cuya casa solariega posee hoy por mayorazgo de la rama permanente en Zaragoza, el señor Marqués de Huerte.

Tomó juramento al señor Antón, el dean de la Catedral, capellán de la Maestranza, don Florencio Jardiel y lo apadrinó el señor Frías.

Nuestra enhorabuena al nuevo Maestrante.

El Presidente de la Cámara Oficial de la Propiedad Urbana don Francisco García Morales nos manifiesta en atenta comunicación haber quedado constituida la Junta Directiva de la nueva entidad en la siguiente forma:

Presidente.—Don Francisco García Morales.

Vice-presidente.—Don José Cumbreño Alvarez.

Tesorero.—Don Claudio Saavedra Navarro.

Contador.—Don Jerónimo Cerisola Dominguez.

Archivero Bibliotecario.—Don Narciso Morgado Vazquez.

Secretario general.—Don Emilio Cano Rincón.

Vocales.—Don Manuel Reyes Delgado, don Anastasio Barrero de las Heras, don José Pablo Martínez, don Joaquín Palacios Sotil, don Francisco Morales Garrido y don Victoriano Ruigomez.

Hemos recibido la Memoria de los trabajos realizados durante el año 1914 por la Cámara Oficial de Comercio, Industria y Navegación de Huelva.

El excelente trabajo, del que nos ocuparemos con más detenimiento, es un acabado estudio de nuestra vida comercial durante el pasado año.

Felicitemos muy efusivamente al Presidente de dicha entidad, don Pedro Luis Casto.

Hemos recibido el número 73 del importante Boletín madrileño «Pro Infancia», órgano del Consejo Superior de Protección a la Infancia y Represión de la mendicidad.

Constituye un trabajo completísimo del funcionamiento de la benéfica institución, que honra a su director don Manuel de Tolosa Latour.

Con gusto establecemos el cambio.

Imp. de A. Moreno, Castelar, 23.—HUELVA